

CAPITULO I.

¡MARIA!

¿Qué haré? ¿tomaré la pluma, confiada en la bondad de María, ó la dejaré?

¡María! su solo nombre dulce como la miel de los panales, suave como los colores de la rosa, tierno como el gorgojo de las alondras, embriagador como el aroma de los lirios, puro y armonioso como el murmulio de la fuente ó como el arrulló de las tórtolas; su solo nombre, música celestial, en que se deleitan los ángeles, impulsa mi mano para que se deslice ligera sobre la tersura del papel!

¡María! yo espero en tu bondad, en tu ternura, en tu misericordia, como espera el náufrago en la tabla que ha de salvarle de las encrespadas olas; como espera el marino el regreso feliz á sus hogares, cuando al caer la tarde, sentado sobre la popa, ve dibujarse el horizonte entre las blancas brumas que se levantan del seno del Oceano

¡María! elevada palmera que se levanta en el desierto de la vida! "¡Plátano plantado en la corriente de las aguas," como tú misma dijiste, hablando de tu ser!

"Vid que brotó pimpollos de suave olor" yo espero en tí que eres mi esperanza!

¡Yo espero en tí, que eres la perla preciosa incrustada en la concha de la gracia!

¡Yo espero! y tengo razon al esperar en tí, que eres mi Madre: porque yo se que guiarás mi pensamiento y mi mano en esta obra, como la guiate un dia en mi pequeño poema, "La Hija de Nazareth," el que sin tu auxilio quizá no habria llegado á su última página.

Yo sé que tú, mi Reina, serás para mí la misteriosa nube que guió á los Israelitas por el dilatado desierto de la Arabia.

Yo sé que tú serás para mí la brillante estrella que condujo á los Magos desde la gran ciudad de Seleucia hasta el humilde portal de Belen.

¡Yo sé, en fin, que serás el sol á cuya portentosa luz mi pensamiento tenderá su vuelo para cantar las bellezas de tu Hijo celestial.....!

María, hija de la gracia, elegida por Dios desde la eternidad, nació de los santísimos ancianos Joaquin y Ana, descendientes ambos de David por la rama de Zorobabel.

De tres años de edad fué llevada por sus padres al Templo, donde consagró á Dios su virginidad.

Este solo hecho manifiesta la gracia divina de que se hallaba investida la santísima Niña, desde su milagroso nacimiento; porque á mas de hacer un voto que en aquellos tiempos estaba muy léjos de admitirse, se admira que lo hiciera en una

edad tan tierna, en una edad en que el comun de los niños, careciendo de reflexion, solo sabe ocuparse de sus inocentes juegos.

Criada y educada en aquel grandioso Templo; donde Salomon desplegó toda la grandeza de su poder; creció como esas violetas silvestres, á las cuales nunca contagia el aliento de las emponzoñadas ciudades.

Su hermosura era tanta que mi mano estaria torpe y mi mente oscurecida para delinearla; báteme decir: que así como la belleza de su alma sobrepujaba á la de los ángeles, la hermosura de su castísimo cuerpo era el reflejo de la grandeza, del poder de un Padre, que se habia complacido en que su Hija predilecta no tuviera el mas leve defecto ni en su cuerpo santísimo ni en su alma purísima.

A los quince años de su edad, fué desposada con un anciano carpintero, de la estirpe real de David, llamado José; tan pobre, que su trabajo apenas le bastaba para ganarse un corto sustento.

Pero así como era pobre en bienes de fortuna, era sobradamente rico en dones de virtud.

Como María, habia hecho voto de castidad en su juventud, Dios en sus inescrutables juicios preparaba de antemano un esposo digno de las virtudes de ella.

José era humilde como las florecillas de la verbeña.

José era casto como las azucenas brotadas milagrosamente en su vara.

José era piadoso como Tobias, apacible como

las brisas de la tarde, resignado como Job, sumiso y obediente á su Dios, como Isaac.

Para enaltecer las virtudes de José seria necesario una pluma como la de Pallés: para cantarlas la inspiracion de Carpio.

Los castos esposos fueron á vivir á Nazareth, patria de la Santísima Virgen.

El trabajo y la oracion eran su ocupacion diaria.

María, á pesar de haberse criado entre las comodidades del Templo, no se desdeñaba de ir á la fuente con su cántara al hombro, ni de amasar el pan con sus delicadas manos.

Una tarde, el sol derramaba como un effluvio de oro, sus últimos rayos sobre los elevados picos del Ararat, del Tauro y del Líbano: los pajarillos prontos á recojerse, aleteaban, dejando escuchar á veces sus apasionados trinos, entre los risueños bosquecillos de almendros y de sándalo: el vienteillo jugaba las copudas ramas del cedro: las mariposas revoloteaban en torno de las nacaradas rosas del granado: perfumes, auras y brisas, todo embellecia la divina tarde de que me ocupo, mientras Jehová con enternecidos ojos miraba hácia la humilde casa de José.

María, hincada en su pequeña estancia, elevaba su alma en amorosa contemplacion. Su voz armoniosa llegaba al trono de la Divinidad, como las notas suaves y melodiosas de una música celestial, cuyas notas llegan á herir de léjos nuestros oídos embriagados.

Derrepente su amoroso éxtasis fué interrumpido.

pido por la voz melodiosa de un hermoso adolescente, cuya planta descansaba ó parecia descansar en una brillante nube de plata y ópalo.

¡El embajador del cielo, se arrodilla delante de María!

¿Por qué se arrodilla?

¡Se arrodilla, como se arrodillaria un mensajero ante la hija de su rey!

¿Cómo no arrodillarse ante la Soberana Princesa que antes de mucho ha de llevar en su seno al Hijo del Increado?

¿Cómo no arrodillarse ante la inmaculada Esposa del que hizo girar mil mundos á sus pies?

¿Cómo no arrodillarse el embajador de amor, ante la Mujer de cuyos lábios iba á estar pendiente la Redencion de todo un mundo?

Pero oigamos lo que le dice:

“Dios de salve ¡oh María! llena eres de gracia; el Señor es contigo.”

María se turba; ¿por qué se turba?

¡Porque siendo tan humilde, no se cree merecedora de tan sublimes alabanzas!

Pero á la gran humildad de María siguen estas sublimes palabras, con las cuales el ángel concluye su misteriosa embajada:

“Nada temas, María; un Hijo nacerá de tí, á quien darás el nombre de Jesus, y que será llamado el Hijo del Altísimo.”

María con las manos cruzadas sobre el pecho y la frente inclinada hácia la tierra, llena de profundo reconocimiento, y sin fijarse en la grandeza

á que se veia sublimada por sus altas virtudes, solo permite á sus lábios articular estas palabras: “He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.”

SUPLICA.

¡Aquí estoy á tus pies, dulce Señor mio: mi frente unida con el polvo no osa levantarse á tí; mi alma está manchada; en mi corazón solo puede verse la podredumbre de la miseria; en mi cabeza solo han cabido pensamientos vanos.! Conozco que no soy digna ni de estar á tus divinas plantas; pero tú me has dado por protectora á María. Por su santa humildad y obediencia, te ruego que arranques de mi alma la soberbia y el orgullo, para que digna imitadora de ella; no tenga mas vanidad que hacer en todo tu voluntad santísima. Así sea.